

OCHO INTER^(W)EXPRESSS...

[ocho (8) respuestas rápidas para ocho (8) preguntas claves]

Cuestionario de la redacción

Enrique Falcón

[poesía]

1. ¿Qué sentido tiene hoy escribir y editar una poesía concebida al margen del sistema mercantil y crítica con él, si ni siquiera la poesía anclada en los valores del propio sistema, o en la llamada *tradición* lírica, tiene aparentemente repercusión ni influencia alguna?



Fotografía de Alberto di Lolli

Todo, todo el sentido: sin quitarle una coma. O, al menos, el que también tiene el que tantos de nosotros podamos organizarnos en colectivos y movimientos sociales de orientación emancipatoria, cuando son otras las organizaciones que demuestran una mayor eficacia en la determinación material y espiritual del sistema de cosas dado. Nada tan urgente como romper –con nuestro compromiso sociopolítico de base, o con prácticas culturales de signo crítico, o con la movilización de determinados estilos de vida, etc.– la naturalización de los consensos ideológicos tras la que esa determinación actúa en nuestras sociedades. En esto creo que la poesía puede *acompañar* (no creo que ella pueda hacer más) a los movimientos sociales de signo antagonista. Pero también creo que, dicho esto, deberíamos evitar caer en la ingenuidad de ese bondadoso supuesto que dice que aún valdría la pena romper ese “cerco de consensos” aunque fuera desde *una sola voz* o desde unas solas *mil voces* (la tirada actual de un libro de poesía que, en nuestras latitudes, supiera moverse con cierta puntería).

2. ¿Resultaría, de algún modo –irónico–, “revisable” la idea de la poesía dirigida a la “inmensa minoría”?

Por supuesto. Hace siete años Negri y Hardt afirmaban –creo que con toda la razón– que “todos los elementos de corrupción y explotación nos son impuestos por los regímenes lingüísticos y comunicativos de producción”, y que por ello “destruirlos *en palabras* (y así también, añado yo, *en poemas*) es tan urgente como hacerlo en hechos”. Pues bien, para tal llamado, los poetas deberíamos profundizar todavía más en el ejercicio de nuestras estrategias comunicativas (socializadoras): tácticas de combate que ya se deciden, de facto, en el momento de articulación inicial de cualquier poema.

En cualquier caso he de aclarar (cada vez que se me pregunta por el alcance o la incidencia de un poema) que

yo no desplegaría obsesión alguna por querer llegar –porque sí– a un *mayor* número de gente, sino a un grupo *suficiente* de personas: la distancia entre ese *mayor* y ese *suficiente* (la victoria de lo mínimo sobre lo monumental, ha escrito recientemente Eduardo Milán) es casi la misma que mediaría entre una concepción mercantilista del éxito y un cálculo político de potencialidades comunicativas, del que todo poeta debería dar –al menos– una explicación. Para tirar más hilo de esta urgencia, recomendaría la lectura de un artículo de Belén Gopegui (“Hipótesis para un arte coordinado”¹) acerca de la posibilidad de que ya haya llegado el momento de combatir el capitalismo también desde el lugar en que se producen las ficciones y ofrecer así una resistencia *coordinada* a la invasión. La reflexión de Belén se apoya en una memorable pieza teatral de Brecht (*Los horacios y los curiacios*²) que recomendaría a todo poeta actual que se proponga reflexionar sobre el alcance táctico de, digamos, un poema. En fin, creo que para la práctica de una literatura crítica de vocación emancipatoria, quizá hasta clandestinamente insurgente, debería sernos siempre insatisfactorio y desde luego molesto o sospechoso el principio *mounierista* de que nuestra acción se tenga que dirigir menos al éxito que al testimonio.

3. ¿Cuáles son los pilares de esa poesía, que denominamos crítica?

Lo primero que cabría reclamarnos es que, para evitar ser fijada (mortalmente fijada), la llamada *poesía crítica* debería renunciar a anclarse precisamente *sobre pilares*: el adversario enseguida sabría demolerlos tan pronto se pudieran identificar las técnicas de su anclaje. Por lo que sé, las estrategias y hasta los fundamentos de esa poesía de signo crítico actualmente estarían, por el contrario, profundizándose no tanto desde una “lógica de anclaje” como desde una lógica –dispersa y diversísima– de inaprensibles “pasos de baile”: apenas sin centro reconocible, aunque con un elevado grado de complicidad común, se ha abierto un tiempo para el ensayo de posibilidades de diversas poéticas críticas que se encuentran experimentando hoy estrategias muy diferenciadas. En algún otro lugar he escrito que la poesía política debería ser la más insatisfactoria de las prácticas literarias de nuestro tiempo y que las posibilidades de su dicción se volverían, así, ilimitadas. Y en otro me he atrevido a enumerar algunas de ellas: hoy se mueven del objetivismo documental a la deriva liberta-

ria, de la poesía de la conciencia al *torrencialismo* irracional, del vitalismo en resistencia a la reflexión distanciada, del vanguardismo crítico al realismo más contundente, del relato narrativo al discurso atomizado, de la historia de la memoria al ejercicio de la ironía, del impulso visionario a las prácticas saludables de la lucidez, y de las tácticas disidentes de la sugestión a las estrategias materialistas del extrañamiento.

Todas ellas se negarían a naturalizar la brutal separación que la cultura neoliberal marca para “lo público” y para “lo privado”, lo personal y lo político. Todas ellas hurgarían en la fecundidad de esas grietas capaces de resquebrajar, un tanto, ese “cerco de consensos” del que antes hablábamos. Todas ellas –en fin– querrían responder (o querría yo que pudieran saber responder) a la interpelación que hace justo quince años me lanzara un miembro de la guerrilla guatemalteca tras leer precisamente un libro de poemas: que “cantaras la can-



ción de los que se quedan haciendo *la resistencia de la vida*, porque –según creemos muchos– de aquí se van generando verdaderas alternativas para la esperanza, que alcanzarán a aquellos que han marchado”.

4. ¿Queda, de cualquier modo, algún resquicio en los medios y los canales de difusión *artísticos* para la promoción y extensión de una *poesía así*?

Sí, creo que sí existen esos resquicios. Determinadas experiencias con esto de la poesía me enseñaron hace tiempo que el capitalismo es capaz de hasta venderte el

1.- Belén Gopegui: “Sobre *Los horacios y los curiacios*: hipótesis para un arte coordinado”, en «Cádiz Rebelde» (<http://www.cadizrebelde.com>; n° 100; diciembre de 2004).

2.- Pieza didáctica de B. Brecht (1934), de la que hay una traducción de Miguel Sáenz en Alianza Editorial.

ladrillo que le arrojas. Otras experiencias me hicieron comprobar que, incluso tras habértelo envuelto en plástico institucional (y hasta *canónico*), en ocasiones ni el



capitalismo más devorador puede evitar esconder la textura arrojadiza del ladrillo que te vende. Y otro grupo de experiencias me confirmaron después en la idea de que ni siquiera el capitalismo más avanzado es capaz de fiscalizarlo todo y de que —en efecto— no sólo hay suficiente margen en los resquicios sino que, además, éstos se encuentran más que suficientemente poblados.

5. ¿Hay entonces “espacios democráticos”, para su producción y libre comunicación?

Entre las últimas páginas del próximo poemario que voy a publicar he querido recoger un listado de agradecimientos para todas aquellas organizaciones y espacios colectivos con los que me he ido cruzando en este último tiempo y en donde he visto decididamente posibles la producción, la libre comunicación y la difusión social de prácticas culturales disidentes (entre ellas, literarias y poéticas). Pues bien, hasta yo mismo me sorprendía estar consignando allí no menos de 200 de esos espacios de democracia radical: los podéis consultar aquí: (<http://marchade150000000.blogspot.com/category/agradecimientos>) Y hasta encontraros con que vosotros, los que dais vida a *Youkali*, formáis parte de esta común conspiración que a tantos y a tantas vincula... El problema, en todo caso, no radica tanto en su extensión (no sé si, en nuestras latitudes, hubo alguna etapa histórica anterior en que concurrieran tantas experiencias colectivas de resistencia), como en una mayor coordinación política entre esos mismos espacios colectivos. Hasta es bastante probable que esa fragmentación de lo múltiple sea especialmente rentable para el cálculo de fuerzas que el capitalismo avanzado

ha de permanentemente revisar de cara a perpetuar su propio dominio. Entraríamos, desde aquí, en el viejo debate de no sólo la izquierda cultural acerca de qué martillo común deberíamos priorizar con mayores posibilidades de eficacia, sobre cuándo alzarlo, sobre cómo se articulan los sujetos colectivos y sobre qué habrán de hacer todos esos espacios colectivos durante el “mientras tanto”.

6. ¿Es Internet una posible alternativa “democrática” al control mercantil de la actividad y la producción artística?

La Red es, creo que en primer lugar, un medio de disidencia muy útil en países con poca o ninguna libertad de expresión. Recientemente Ethan Zuckerman nos enseñaba —también desde la Red— cómo sacar a la luz (y sin tener nociones expertas de criptografía) informaciones sobre escándalos políticos en países controlados por gobiernos más que experimentados en las técnicas del control social y la censura. Las organizaciones ciudadanas en defensa de las ciberlibertades se están extendiendo por todo el planeta y la querencia de los poderes dominantes contra el uso democrático de internet ya arroja sus primeras cifras: este mismo año 63 ciberdisidentes han sido encarcelados (la cifra de los periodistas en las prisiones de todo el mundo se sitúa, en 2007, en justo el doble).

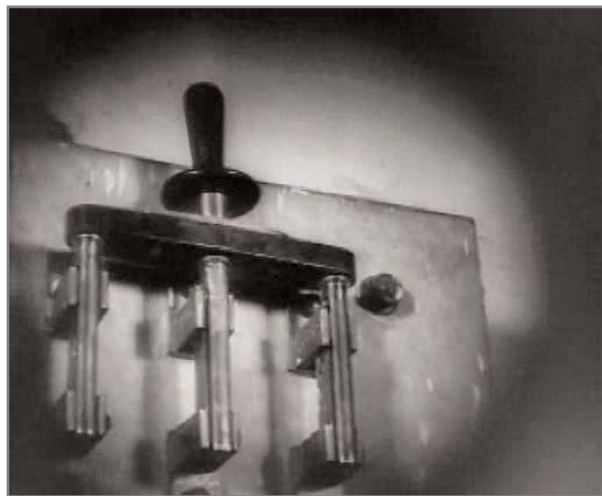
Llegados a este punto, las amenazas que la expresión artística pueda estar experimentando en la red misma me parecen, desde luego, cualitativamente menores. O, dicho de otro modo, las posibilidades de difusión libre que por ejemplo tiene un poema, se vuelven sustancialmente mayores si las comparamos, en concreto, con lo que les ofrecen los canales del papel, un soporte al que por cierto tampoco deberíamos dejar atrás. El movimiento *copyleft* y las licencias tipo *Creative Commons* consiguen, además, potenciar en Internet el acceso libre a expresiones literarias y artísticas liberadas de la lógica prohibicionista que maneja el actual sistema de propiedad intelectual. Bajo esas mismas licencias, en la Biblioteca de poesía del MLRS (<http://www.nodo50.org/mlrs>) hay ahora colgados libros de poesía cuya edición en libros de papel apenas pudo distribuir (hace menos de cinco años y sin salir del ámbito territorial de —digamos— cinco comunidades autónomas) no más de 300 ejemplares... Una vez enteramente colgados en la red (para libre y gratuita disposición de quienes quieran), esos mismos poemarios pueden ser bajados por dos mil personas distintas, en tan sólo un año, desde cualquier lugar del Estado español o de Latinoamérica. Otro ejemplo, tan cercano a vosotros: el primer número digital de *Youkali*, una revista crítica —no lo olvidemos— de las artes y el pensamiento, fue consultado por más de

quince mil personas durante los seis primeros meses de existencia de vuestra publicación.

Datos como éstos —o como los que revelan experiencias como las de los compañeros de Traficantes de Sueños— apuntan, por lo menos, a un doble hecho: que la red redimensiona las posibilidades comunicativas de las prácticas artísticas y literarias; y que, una vez comprobada esa revitalización a través de la red, confirmamos que, en efecto, había mucha más gente (de lo que pensaban algunos) realmente interesada en, por ejemplo, leer determinado tipo de poesía.

7. El acceso a fondos “públicos”, para la difusión y edición de este tipo de poesía, ¿es un camino legítimo?

No tiene por qué no serlo. Quizá una posición más libertaria de la jugada encontraría razones para deslegitimarlo, pero hasta en ciertos sectores actuales de tradición cultural anarquista (por descontado, en los de filiación marxista y socialdemócrata) he visto reivindicar el papel que las administraciones de “lo público” (entendido aquí por lo estatal en un sistema de recaudación fiscal supuestamente compensatoria) deberían desempeñar en la difusión de prácticas artísticas de signo crítico.



A mí, sinceramente, no me parece escandaloso que —doy ejemplos para saber de qué estamos hablando— las ediciones anuales de los encuentros poéticos de las “Voces del Extremo” contaran también con el apoyo financiero conjunto de una fundación literaria, una uni-

versidad pública, un ayuntamiento, una diputación provincial y la Peña del Canto Jondo de Moguer; o que el recientemente clausurado encuentro conmemorativo del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas haya contado en Valencia con el apoyo de otra universidad pública y de una sociedad estatal adscrita al Ministerio de Cultura. Encuentro que caminos como éstos son legítimos siempre y cuando sepamos ser conscientes del grado de legitimidad y de autoridad moral que estamos dispuestos a concederles. Los compañeros del colectivo “La Palabra Itinerante” han desarrollado una sugerente experiencia práctica acerca del método más común entre los poetas *en resistencia*: incursiones rápidas en territorio hostil para cubrir los objetivos, y luego regresar a terreno seguro. El último recital en el que, de hecho, he participado fue —hace apenas cinco días— en una universidad pública, y no se me cayeron los anillos por hacerlo. Pero con mayor simpatía he de reconocer que acepto mejor participar en algún acto cultural organizado desde una pequeña librería, una asociación de vecinos, un sindicato anarquista o un colectivo cultural de base prácticamente autogestionado.

8. Las producciones artísticas —en este caso, la poesía— con capacidad de significación y creación de sentido; o que tengan en cuenta —al menos— la realidad material y concreta en la que se desenvuelven nuestras vidas, ¿tienen algún futuro, o nos damos por vencidos?

Yo no dudaría en sacrificar (si pudiera eficazmente poder hacerlo) el futuro de toda nuestra poesía a cambio de una posibilidad de certeza para el futuro de quienes, aquí y allá, se vinculan activamente desde la acción social organizada. La elección de este hipotético sacrificio sería, de todos modos, sustancialmente absurda, porque creo firmemente en lo vinculado con que se me muestra el futuro de ambas cosas: de un arte o una poesía tentativamente liberadores y de toda una tradición de acción política con vocación emancipadora. En esta vapuleada historia de disidencias, ni somos los primeros ni seremos los últimos —y, además, no nos encontramos tan solos. La cuestión será si sabremos vivir (escribiendo u organizándonos con otros) a la altura de nuestro tiempo. Poetas o ciudadanos resistentes: casi como esos maquis derrotados que pertenecen a una causa invencible. O, como insisten en decir mis compañeros de “La Palabra Itinerante”: poesía quizás en derrota, pero nunca *en doma*.